

La calle de la Lona

The Canvas street

Rua da Lona

Alejandro Marín Reñasco¹

¹Graduado en lengua y literatura española por la Universidad de Murcia

Cómo citar este relato en edición digital: Marín Reñasco, A. (2014) *La calle de la Lona*. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital) 18, 40. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2014.40.03>

Correspondencia: Alejandro Marín Reñasco. Calle turquesa 45, 3ºB (30310) Cartagena, Murcia.
Correo electrónico: konsxd@gmail.com

Recibido: 20/07/2014; Aceptado: 12/09/2014



ABSTRACT

Story in which the charged atmosphere of daily life of the inhabitants of a street, the Canvas Street, is described. During a Saturday morning in a street located in a working area of any city, the author dissects with a precise and brilliant language the kids games that take advantage of morning school warrant to free the charged atmosphere home away from family control transgressing the limits of the street... wherever the world how risky can cause a disaster at any time.

RESUMO

História em que a atmosfera carregada de vida diária dos habitantes de uma rua, o da

Lona rua descrito. Durante uma manhã de sábado, em uma rua localizada em uma área de trabalho de qualquer cidade, O autor relaciona com uma linguagem precisa e brilhante jogos infantis que se aproveitam do mandado de escola de manhã para se livrar da atmosfera carregada de suas casas e longe do controle familiar transgredir os limites da rua ... onde quer que o mundo o quão arriscado pode causar um desastre a qualquer momento.

RESUMEN

Relato en el que se describe el ambiente cargado de realidad cotidiana de los habitantes de una calle, la calle de la lona. En el transcurso de la mañana de un sábado en una calle ubicado en una zona obrera de una ciudad cualquiera, el autor disecciona con un lenguaje preciso y brillante los juegos de los niños que aprovechan la mañana de libranza escolar para liberarse de la atmósfera cargada de sus casas alejándose del control familiar transgrediendo los límites de la calle... allá donde el mundo de lo arriesgado puede provocar una desgracia en cualquier momento.

Ya querían danzar en el asfalto las peonzas, y las faldas de las muchachas volar y caer creándose como blancas medusas de aire en

la habitual estrechez de la calle. Pero aún era casi de noche y los niños dormían a pierna suelta en sus camas, en sus sillones, o donde los recuerdos quieran poner a dormir a mis niños de la Calle de la Lona. No estaba sola la Lona, estaban las madres cogiendo las ropas que colgaban en las cuerdas de tender, y los padres y los hijos mayores de manos duras y oscuras desayunaban dentro de las casas antes de ir a trabajar con otros padres y otros hijos mayores de manos duras y oscuras. Miguelito se levantó algo más tarde, cuando su padre y sus hermanos solo eran platos sucios, como casi siempre, y solo quedaban su madre y Chucho para hacerle compañía. Mientras vagaba casi en sueños por la escalera dirección al comedor, en la calle se escuchaban los primeros ruidos. Aún no eran los niños jugando, solo Juan Sin Sangre arrancando su moto para ir vete tú a saber a dónde, con su jaula de pájaros como siempre entre sus piernas morenas y flacas. Chucho subió a recibir a Miguelito y a sacarlo del sueño de otra mañana más, chupando primero sus pies y luego su cara, hasta que Miguelito decía “*para ya*” y Chucho se estaba quieto. Mamá había puesto el desayuno en la mesa y seguía a sus cosas, y mi hermano se sentó a tomarse la leche con el Colacao, o lo que sea, y vio que mi hermano se había dejado medio mordisco de tostada y un par de cigarrillos olvidados encima de la mesa.

Fue el primero de todos en entrar en la calle, los sábados no madrugaban los niños de la Lona, solo madrugan los tristes decía la madre de José. Se alejó de su puerta mordiendo el trozo de tostada y colocándose bien las gafas de ver y cuando encontró una sombra se sentó a esperar a Clarisa y al chacho José, que eran los que jugaban con él los fines de semana. Miguelito miraba los pájaros, le en-

tusiasmaba la forma que adoptaba el cielo en las nubes, siempre le habían gustado las nubes. Recordó una mañana, no hacía mucho, en la que un globo se le escapó a las nubes y lloró, y lloró como una magdalena, pero no le quisieron comprar otro. Vio como en la otra punta de la calle salían de la casa grande Jacinto y Laura Fernández Astur de Lima y que les faltaba uno para la comba. Al rato salió María, y al poco Antonio con su peonza de colores y chinchetas que hoy no danzaba porque Laura se había sacado la falda y la comba y tocaba saltarla. Y poco a poco en la Calle de la Lona se dejaba oír el eco del ruido distinto que hacen los niños.

Ya salía el chacho José con la pequeña Clarisa de la mano y Miguelito se levantó a saludar y a contar que si la tostada y el perro, enseñando los cigarrillos a José mientras le daba la mano él también a la pequeña Clarisa. Todos los sábados lo mismo, esperar a la niña y a su hermano y dar vueltas a la manzana escuchando lo que le contaban de su cole y contando lo que había pasado en el suyo durante la semana. A veces comían alguna cosa que Juan Sin Sangre le había dado a José la noche antes, cuando tenía que ir al baño después de acostarse con su madre, y otras veces, como ese día, fumaban a escondidas en los pinos, sentando a Clarisa no muy lejos de ellos para verla mientras jugaba con alguna muñeca suya. Más allá de la Lona, pasando los pinos y la vía, había un descampado seco que Miguelito y todos ellos conocían como el jardín, al que los gritos de los padres no llegaban nunca y Laura Fernández Astur de Lima cansada de sentirse medusa había dicho de jugar allí a ser ladrones. Todos estaban en el jardín eligiendo los equipos y mi hermano y el chacho José querían jugar, así que cogieron a Clarisa y se acercaron al corro. Los de la

casa grande decidieron que lo más divertido sería ver al Miguel corriendo detrás de todos ellos, así que Miguelito se quedó con Clarisa para que José y los demás pudieran escapar de él sin llevar a la pequeña como lastre.

Estaban casi encima de la hora de comer y los padres y los hermanos mayores traían sus manos duras y oscuras a la Calle de la Lona creando un sonido distinto al que pierden los niños, cuando empezó a escucharse el tren de las dos y Miguelito que iba el último metió prisa y los demás cruzaban la vía de un salto para llegar a los pinos y él y Clarisa intentaban correr, pero él no sabía correr más y el resto primero gritaba vamos Miguel y luego venga retrasado corre que viene el tren, que viene el tren, y Miguelito que no le soltaba la

mano Clarisa cruza la vía y Clarisa también, pero el tren pasa y el aire que le sigue arranca a la niña de la mano de mi hermano y mancha con su sangre las piedras de los pinos. Todos los niños corre que te corre a la Calle de la Lona a avisar a sus padres y a sus madres de que el retrasado de Miguel ha matado a la Clarisa y es Miguelito el que se acuesta llorando, todo él tirado en la tierra, con la cabeza toda rojode la pequeña abrazada entre sus manos duras y oscuras mientras se escucha a los pájaros de Juan Sin Sangre y a Juan gritándole a mi padre que su hijo el subnormal ha matado a su niña en la vía de los pinos.

Pepito Villa

Madrid, Abril de 2014



© JUAN MANUEL BÓRRERO